

has dispuesto acerca de su persona. Nuestro Dios está tan indignado por nuestras maldades, que ha enviado á decir al pueblo por medio de sus profetas, que le abandona en pena de sus pecados. Y como los hijos de Israel saben que tienen ofendido á su Dios, estan temblando de tí. El hambre ademas los acosa y están ya casi muertos de sed: por lo cual han resuelto matar sus bestias para beberse la sangre, y hacer servir para su uso el trigo, el vino y el aceite, objetos consagrados al Señor, y que léjos de poder consumirlos, ni aun tocar pueden con las manos. Y siendo tal su proceder, no hay duda que serán abandonados de Dios y que perecerán. Penetrada, pues, yo, sierva tuya, de esta verdad, huí de ellos, y el Señor me ha mandado darte aviso de todo lo dicho; pues está tu sierva adora á Dios aun ahora que está en tu poder. Saldré, pues, fuera á hacer oracion al Señor, el cual me dirá la hora de su venganza, y yo te lo vendré á anunciar, por manera que yo misma te conduciré por medio de Jerusalem, y verás en tu presencia á todo el pueblo de Israel como ovejas sin pastor, sin que ni un perro siquiera ladre contra tí: todo esto me ha sido revelado por Dios; el cual me ha enviado para darte de ello conocimiento."

El éxito confirmó estas palabras en el sentido que les daba Judith en su interior, pero no en el sentido que naturalmente presentan. Esta arenga merece ser considerada atentamente. Judith reconoce á la presencia del primer esclavo de Nabuco la omnipotencia y supremacia del Dios de Israel, y no hay una sola palabra que desmienta la religiosidad de la que habla. Preciso era temperar esta proclamacion solemne de la divinidad de Jehová, con alguna hisonja al poder y pericia del general asirio, y con una verdadera pintura de la apurada situacion de los sitiados. Y aun cuando nos parece algo difícil el eximir esta arenga de todo reproche de ficcion y de mentira, aun cuando no quiera verse en ciertas expresiones, sino una pura ironía, y se reconozca en otras una alusion profética, pues tales restricciones mentales exceden, en nuestro concepto, los límites forzosos del recto pensar y respiran

la doblez; con todo, pueden admirarse las virtudes de Judith, sin por esto llamarla impecable; y creemos que su casta virgindad, su sentimiento de sincera religion y su patriotismo magnánimo la hacen asaz rica de gloria real, para que deje de tributársele un justo homenaje de espontáneas alabanzas. Léjos estamos por esto de vituperar en nada la memoria de tan noble matrona: creemos únicamente que sus palabras anfibológicas, á pesar de no lesionar en lo mas mínimo la gloria de Dios y de sus soberanos atributos, fueran materialmente una falta, en la comun acepcion de esta palabra, y que por este punto no es imitable. Y por último, que le arrojen la primera piedra los que tengan un corazon mas grande que ella, los que hayan servido mejor á su patria y ofendido ménos á Dios.

Complació en extremo á Holofernes y á todos sus oficiales el discurso de Judith, porque Holofernes era débil contra la adulacion, como la mayor parte de los hombres investidos de un poder cualquiera, y porque sus oficiales se conformaban con su pensamiento, como todos aquellos que hacen de la obediencia un negocio y no una virtud. Todos, capitanes y soldados, admiraban la sabiduria de Judith, y se decian el uno al otro: "No hay en el mundo una mujer como esta, ni por la hermosura del rostro ni por la discrecion en el hablar." Y dirijiéndose á ella Holofernes, le dijo: "Dios nos ha favorecido enviándote delante de este pueblo para que lo pongas en nuestras manos. Y tu promesa es de tan buen agüero, que si tu Dios la cumple será tambien mi Dios, y tú serás grande en la casa de Nabucodonosor, y tu nombre resonará y será celebrado por toda la tierra." Puede creerse sin temor de errar que por parte de Holofernes esta promesa de abrazar la religion judía, tenia por objeto el quitar los escrúpulos que pudiera á no tardar oponerle la piedad de Judith.

Entretanto, Holofernes dió orden á sus criados de conducir á la transfuga extranjera á la cámara en donde se guardaban sus tesoros, no creyendo, segun la ingénnua expresion de un antiguo escritor, poder poner allí una piedra mas preciosa; y quiso tambien que

recibiese de su propia mesa lo que ella apeteciera. Judith dió á conocerle que las leyes religiosas de su país no le permitian usar indistintamente de toda especie de manjares, y que ella habia ya traído consigo las provisiones necesarias. “¿Y cuando lleguen á faltarte las provisiones que has traído, replicó Holofernes, qué se ha de hacer?” “Lo juro por tu vida, señor, contestó la hebrea, que no consumirá tu sierva lo que trae consigo, ántes que cumpla Dios por mi medio lo que he pensado.” En seguida los criados del general la acompañaron al alojamiento que habia mandado. Pidió despues permiso de salir fuera por la noche, y ántes de amanecer, para ir á hacer su oracion fuera del campo. Consintió en ello Holofernes, dando orden á sus ayudas de cámara para que la dejasen salir y entrar como quisiese durante tres dias, á adorar á su Dios. Salia, pues, las noches al valle de Betulia; y despues de las abluciones religiosas, volvía á su tienda, purificada; permanecia allí hasta que al anoecer tomaba su alimento, y oraba incessantemente al Señor Dios de Israel, que dirijese sus pasos para lograr la libertad de su pueblo.

En el cuarto dia celebró Holofernes una cena ó convite con sus domésticos. Entónces el déspota, viéndose separado de la hebrea, mandóle un recado por su eunuco Vagao, para invitarla á que viniese á cohabitar con él. Holofernes, ya sea por pasion, ya sea por orgullo, no podia diferir por mas tiempo la austera reserva de Judith; y como los voluptuosos magnates del Oriente, no queria tolerar que aquella cautiva voluntaria saliera intacta de sus manos. Nada mas natural que convidarla á su mesa. Judith aceptó con agrado el mensaje. “¿Quién soy, yo contestó al enviado, para que ose contradecir á mi señor?” Y fingiendo tomar la invitacion por una simple muestra de benevolencia, añadió con mucha gracia: “Haré todo cuanto sea de su agrado, pues lo que él gusta será para mí lo mejor en todos los dias de mi vida.” Levantóse, pues; adornóse con todas sus galas, y así ataviada fué á presentarse delante de él. Al verla, el corazon de Holofernes quedó profundamente conmovido, y la pasion impura mal contenida

chispeaba por sus ojos. Y le dijo: “Come ahora y bebe alegremente, porque me has caído en gracia.” Y respondió ella: “Beberé, señor, porque recibe mi alma en este dia mayor gloria que en todos los demas de mi vida.” En efecto, tomó en seguida de lo que su doncella le habia dispuesto y comió, y bebió en su presencia. Y Holofernes se tuvo por tan feliz, y tanto rebozó de contento, que bebió vino sin medida, mas de lo que nunca en su vida habia bebido.

Venida la noche, retiráronse los convidados, que presto quedaron sumidos en el sueño de la embriaguez. Vagao cerró la puerta de la cámara, y Judith quedó sola en el gabinete. Holofernes estaba tendido en la cama, durmiendo profundamente á causa de su embriaguez extraordinaria. Judith habia dado orden á su doncella que estuviese fuera de observacion á la puerta de la cámara. Y púsose Judith en pié delante de la cama, rogando con lágrimas y en silencio, moviendo apenas los labios: “Dame valor, Señor Dios de Israel, pon tu mirada propicia sobre la obra de mis manos, para que sea por tí ensalzada, segun prometiste, tu ciudad de Jerusalem, y ejecute yo lo que me he propuesto hacer con tu asistencia.” Despues de estas palabras, acércase al pilar que estaba á la cabecera de la cama, y desata el alfange que de él colgaba, le saca de su vaina, y tomando á Holofernes por los cabellos: “Señor Dios, dice, sostenedme en este momento.” Y le dá dos golpes en la cerviz, separa la cabeza del cuerpo, y desprendido de los pilares el cortinaje, vuela al suelo el cadáver hecho un tronco. Sale poco despues, entrega la cabeza de Holofernes á su criada, mandándole que la esconda en el saco en donde habia llevado las provisiones. Y saliéronse á fuera las dos, segun costumbre, como para ir á la oracion, y atravesando el campamento, y dada la vuelta al valle, llegan á las puertas de Betulia.

Judith desde léjos gritó á los centinelas de la muralla: “Abrid las puertas, porque Dios está con nosotros, y ha obrado un prodigio en Israel.” A la voz de Judith llaman los centinelas á los ancianos del pueblo. Y vinieron corriendo á ella todos, pues ya

desesperaban de su vuelta. Y encendieron antorchas, y la rodearon á tropel, y subiendo la heroína en un sitio mas elevado, mandó guardar silencio, y habló así: Alabad al Señor Dios nuestro, que no ha desamparado á los que confiaban en él. Y por medio de esta su esclava, ha hecho ostension de su misericordia prometida á la casa de Israel; y esta noche ha muerto por mi mano al enemigo de su pueblo." Y mostrando despues á la asamblea el trofeo de su victoria, añadió: "Mirad la cabeza de Holofernes, general del ejército de los asirios, y ved una de las cortinas de su lecho sobre el cual yacia sumido en la embriaguez, y donde Dios Señor nuestro le ha degollado por mano de una mujer. El Dios viviente me es testigo, que su ángel me ha guardado en mi salida y permanencia en el campo y vuelta; ni ha permitido el Señor que su sierva fuese violada, y me ha restituido á vosotros sin mancha, feliz por su triunfo, por mi salud y por haberos dado libertad. Alabad, pues, al Señor por su bondad y porque su misericordia se extiende á todos los siglos." Así es como este pueblo religioso lo referia todo á la Providencia, persuadido que ella tiene en sus manos los sucesos de la guerra, que á menudo fija segun el espíritu de nuestras plegarias, el destino de las falanges enemigas, y dé algunas veces á los mas flacos un valor que equivale á ejércitos enteros.

Todos los habitantes de Betulia reconocieron el dedo de Dios en la muerte de Holofernes, y dijeron á Judith: "El Señor ha derramado sobre tí sus bendiciones, comunicándote su poder; pues por medio de tí ha aniquilado nuestros enemigos." Y Ozias, jefe del pueblo de Israel, añadió: "Bendita eres del Altísimo entre todas las mujeres de la tierra. Bendito sea el Señor, criador del cielo y de la tierra, que dirigió tu mano para cortar la cabeza al caudillo de nuestros enemigos. Hoy ha hecho tan célebre tu nombre, que tus alabanzas no cesarán jamás de publicarse por las generaciones venideras, que conservarán la memoria de los prodigios del Señor, pues no has temido exponer la vida por tu pueblo, al ver sus angustias y tribulaciones, sino que has corrido á prevenir

su ruina, delante de Dios." Y todo el pueblo á una voz confirmó y aplaudió tan merecidos elogios.

Llamado despues Aquior, compareció, y díjole Judith: "El Dios de Israel de quien tú reconociste el poder para castigar á sus enemigos, acaba de derribar esta noche por mi mano al jefe de todos los infieles. Y para que conozcas la verdad de todo lo que te digo, ahí tienes la cabeza de Holofernes, que en la insolencia de su orgullo despreciaba al Dios de Israel y te amenazaba de muerte diciendo: "Cuando habré hecho cautivo al pueblo hebreo, te haré atravesar con la espada. Al ver la cabeza de Holofernes, Aquior quedó despavorido, cayó sobre su rostro en tierra, y perdió los sentidos. Pero recobrado luego, volvió en sí, se arrojó á los piés de Judith, y como si la adorase, exclamó: "Bendita eres tú de tu Dios en todos los tabernáculos de Jacob; y el Dios de Israel será glorificado en tí por todos los pueblos hasta donde llegare tu nombre." E ilustrado por este prodigio, abandonó las supersticiones paganas, creyó en Dios, y quedó incorporado á la nacion.

Y continuando Judith su mision libertadora, dijo al pueblo: "Hermanos míos, escuchad lo que voy á deciros. Colgad esta cabeza en lo alto de nuestros muros, y así que asome el sol sobre el horizonte, tome cada uno sus armas, y salid con grande estrépito, no en ademan de esperar al enemigo sino de acometerle. Al momento irán las avanzadas á despertar á su general para el combate. Y cuando los gefes pasando á la tienda de Holofernes, hallarán á éste sin cabeza y revolcado en su propia sangre, quedarán helados de pavor. Cuando, pues, los viereis huir, corred audazmente á su alcance, porque el Señor los hollará bajo vuestras plantas." En efecto, al despuntar el día se colgó sobre los muros la cabeza de Holofernes: cogió cada cual sus armas, y salieron fuera con grande tumulto y griteria. A tal espectáculo, corrieron los centinelas asirios á la tienda de Holofernes, los que estaban allí de guardia y sus servidores, acercándose á la puerta de la cámara, hacian ruido para despertarle, procurando adrede interrumpirle

el sueño, á fin de que sin ser llamado se despertase con el ruido, pues nadie osaba llamar á la puerta ni entrar en la cámara del caudillo de los asirios. Pero habiéndose reunido allí los capitanes y tribunos, y todos los oficiales generales del ejército del rey de los asirios, dijeron á los ayudas de cámara de Holofernes: "Entrad y despertadle, pues han salido aquellos ratones de sus agujeros, y se atreven á provocarnos al combate." Entra, pues, uno de sus criados, Vagao se para delante de la cortina, dá algunas palmadas pues se figuraba que Holofernes estaba durmiendo con la hebrea. Aplica el oído, y no percibiendo el mas leve movimiento, se arrima mas á la cortina, y alzándola un poco, vé el cadáver de Holofernes sin cabeza, y bañado en su propia sangre. A tan inesperado espectáculo arroja un grande grito, prorrumpe en llanto, rasga sus vestiduras, corre á la tienda de Judith, y no hallando á la tráfuga, sale de allí y exclama: "Una sola mujer hebrea ha llenado de confusion y de afrenta la casa de Nabuco; pues ved aquí á Holofernes tendido en tierra que ya no es mas que un tronco sin cabeza." A estas terribles palabras, los gefes todos del ejército de los asirios rasgaron sus vestiduras; el pavor heló la sangre de sus venas, temblaban de agitacion y de espanto, y extendióse un terrible clamoreo por todo el campamento.

Cuando supo todo el ejército que Holofernes habia sido decapitado, la consternacion fué general. Indecisos, sin consejo, sin valor, solo al espanto obedecian, no pensando sino en buscar su salvacion en la fuga. Silenciosos, cabisbajos, abandonándolo todo, sin consultar siquiera con el que tenian al lado, dábanse prisa á escapar de las manos de los hebreos, cuya victoriosa gritería escuchaban ya de cerca, echando á correr en desorden por los campos y collados. Los betulianos descendian en turba innumerable, sonando sus trompetas y dando espantosos gritos: pero marchaban unidos y en buen orden; y como las tropas asirias huian desparramadas y sin concierto, precipitadamente, hicieron de ellos una horrible carnicería. Despues de haberlos rechazado

á gran distancia, volvieron á Betulia, conduciendo consigo rebaños numerosos y llevando riquezas inmensas, y por su parte, los que habian quedado en la ciudad, bajaron al campamento para saquearlo, y el botin fué prodigioso. Ozias entretanto hizo saber á todas las ciudades y provincias, la completa derrota de los enemigos, y de todas partes salió armada la juventud mas escogida, persiguiendo á los fugitivos, cuya mayor parte fué pasada al filo de la espada. Así se contuvo esta inundacion ante la audacia de una simple mujer. Dios opone á la ondas poderosas del mar un grano de arena en donde vienen á estrellarse y á morir en su furor: envia en los aires llenos de tempestades un viento ligero que dispersa las nubes y restituye á los cielos la serenidad y bonanza.

A todas estas nuevas, el gran sacerdote Joacim pasó de Jerusalem á Betulia con todos los ancianos del pueblo para ver á Judith. La heroína salió á su encuentro, para ofrecerle sus respetos; pero todos á una voz la bendijeron diciendo: "Tú eres la gloria de Jerusalem, tú la alegría de Israel: tú eres el honor de nuestro pueblo, porque te has portado con varonil esfuerzo, y has tenido un corazon magnánimo: tu amor á la pureza no te ha dejado conocer mas que un esposo: por esto la mano de Dios te ha fortificado, y serás bendita para siempre." Y todos los hombres y mujeres, jóvenes y doncellas, saltaban de alegría al son de arpas y de músicos instrumentos; pues así como nada iguala en horror y en ferocidad al tumulto de un gran pueblo amotinado para el mal; no hay espectáculo mas grato y consolador que la voz de un gran pueblo penetrado de júbilo y rebosando de contento por el triunfo de la justicia y de la virtud. Entónces la inspirada Judith esplayó su júbilo por este himno de victoria.

Con música armonía  
Del címbalo y del tímpano sonoro,  
Modulando los tonos en suave  
Y dulce melodía;

Nuevos himnos resuene nuestro coro;  
Y templando el agudo con el grave,  
A Jehová cantemos  
Y su nombre dulcísimo invoquemos,  
Loando su excelencia:

A Jehová, que ejércitos deshace,  
Su nombre es Jehová, nombre divino  
De eterna y pura esencia.  
Al que en fijar su campo se complace  
En medio de su pueblo, y en él vino  
A salvar nuestras vidas de las manos  
De enemigos feroces y tiranos.

De la montaña umbría,  
Del aquilon llegó el asirio fiero  
En numerosas huestes confiado.  
Con su caballería  
Ocupaba los valles; y primero  
Había mil torrentes agotado  
Su inmensa muchedumbre,  
Que pudiese empeñar de la alta cumbre.  
Arrasar esperaba

Mi término feraz á sangre y fuego:  
Mi tierna juventud á dura muerte  
Soberbio condenaba  
Con espada cruel; y cual si luego  
Lo tuviese en su mano, de esa suerte  
Del párbulo hace presa,

Y la virgen va ya cautiva y presa.

Mas el Omnipotente  
Jehová reprimió su altanería,  
Y á las manos dispuso que acabara  
De una mujer valiente.  
Y aquel fiero caudillo que regia  
Tanto armado escuadron, y descara

Con Titan arrogante  
O con feroz y altísimo gigante  
En singular batalla  
A las manos venir y con honrosa  
Muerte acabar, que á su sepulcro diera  
Fama inmortal, se halla  
De Judith á los piés, la hija hermosa  
De Merari, postrado, que pudiera  
A solo su hermosura  
Rendido verlo, y darle muerte oscura.

Del traje de viuda  
Se despoja, y en gala cambiado,  
Como en un dia en Israel festivo,  
El triste aspecto muda:  
Se adereza y arregla su tocado:  
Con el adorno aumenta el atractivo  
De su semblante bello:  
Rizo y lleno de joyas el cabello,  
Con nueva vestidura  
Sale, á engañar resuelta á aquel tirano.  
Llega, la vé, sus ojos arrebatá  
La rica bordadura  
Del borceguí; lo enciende amor insano.  
Se duerme: y ella del tahalí desata  
Su alfange, y la cabeza  
Le corta allí cuando á dormir empieza:

Al persa horrorizado  
Y al medo su valor y su constancia  
Asombran: el ejército enemigo  
Atónito y turbado,  
En confuso clamor, con viva instancia  
Grita á los gefes, porque vé el castigo  
Con que en breves momentos  
Los que ayer eran pobres y sedientos  
Le amenazan ahora.

A jóvenes imberbes, de doncellas  
 Tiernas nacidos, temen: de su muerte  
 La fuga es precursora.  
 Huyen, los siguen, y entre mil querellas,  
 Los ostigan y estrechan de tal suerte,  
 Que ya muertos, ya heridos,  
 A tu vista, Jehová, caen rendidos.

A Jehová cantemos  
 Nuevos himnos, al Dios que el alma adora.  
 Adonai, Señor, ¿de tu grandeza  
 Quién mide los extremos?  
 ¿Quién hay en cuanto el sol calienta y dora,  
 Que venza á tu virtud y fortaleza?  
 A tí sirva con pura  
 Voluntad y placer la criatura,  
 Cualquiera que ella fuere;  
 Pues tú dices y sale de la nada  
 Por tu palabra al sér lo que no era.  
 Tu espíritu, si quiere,  
 Todo lo crea: nunca repugnada  
 Fué tu voz. Tú derrites como cera  
 Las piedras; y tu acento  
 Montes mueve y abismos de su asiento.

Tú engrandeces en todo  
 A la que guía tu temor sincero:  
 ¡Mas ay del que se atreva al pueblo mio  
 A ofender de algun modo!  
 Porque Jehová castigará severo  
 Su atrevimiento y su furor impío.  
 El dia formidable  
 Serán, de su juicio inexorable  
 Por él examinados:  
 Gusano roedor, inextinguible  
 Fuego verás de sempiterna llama,

Fruto de sus pecados,  
 Consumirá sus carnes un horrible  
 Cruel tormento, y el que no te ama,  
 Sabrá en aquel infierno  
 Lo que es penar y padecer eterno.

Después de la victoria, acudieron de todas partes los judíos á Jerusalem para rendir á Dios acciones de gracias, ofreciendo holocaustos y cumpliendo sus votos y promesas. Palpitaban sus pechos de alegría á la vista de los santos lugares felizmente preservados de las profanaciones del enemigo. Todas las riquezas que se encontraron en la tienda de Holoférnes, oro, plata, vestidos y pedrerías fueron entregadas á Judith, la cual junto con las armas y arneses de aquel feroz caudillo, lo consagró todo al Señor, y lo colocó en el templo por anatema de olvido, en expresion de la Escritura, es decir, como un monumento que debia recordar á la posteridad aquel insigne prodigio de Dios. Entretanto el pueblo se entregaba al regocijo á la vista del Santuario, y por espacio de tres meses se celebró en Judith el gozo de esta victoria.

Judith continuó en habitar en Betulia, gozando del aprecio y de la veneracion de todo el pueblo, como la mujer mas esclarecida de Israel. Fiel siempre á su antiguo luto, volvió á tomar los hábitos de penitencia y de religion, sin que tantas muestras de gloria con que se veia como adorada, deslumbrasen por un solo momento su corazon tan inaccesible á un nuevo amor, como al orgullo. Dió la libertad á la generosa esclava que la habia seguido al campo de los asirios. Su gloria aumentaba con los años, y cuando en los dias de fiesta aparecia en público era acogida con unánimes respetos. Mantúvose en la casa de su marido hasta los ciento y cinco años, y murió llena de virtudes, y fué sepultada en Betulia, en el sepulcro de su esposo. La nacion entera lloró por espacio de siete dias, haciéndosele las mas magníficas exéquias. Durante su vida no hubo quien tubase á Is-

rael, ni despues de su muerte en muchos años. Para celebrar su valor y perpetuar el recuerdo de su ilustre victoria, se instituyó una fiesta que se celebró durante largo tiempo en la Judea, cuyo día era señalado por los hebreos entre los días santos. En otro tiempo la iglesia de Etiopia hacia memoria de la libertad de Israel procurada por Judith. Los santos padres no han descuidado el elogiar muy oportunamente las altas virtudes de la noble viuda, su vida retirada, silenciosa y pura, su piedad hácia Dios, á quien servia sin desmentirse un solo instante, su tierno y fiel respeto al recuerdo y á la afeccion de su marido, su amor á la patria, cuya gloria y libertad salvó tan generosamente. Digno modelo de una viuda cristiana, mujer de un claro nacimiento, de una considerable fortuna, brillando en juventud y gentileza, despreció las riquezas, desechó las delicias, holló las seducciones del placer para llegar á la virtud y teñirse con la celeste aureola que ella proporciona.

El nombre de Judith ha inspirado con frecuencia al arte cristiano, y seria largo el describir y elogiar las obras que reproducen las mas grandiosas escenas de aquella ilustre viuda. La historia de Judith está pintada en miniatura sobre un manuscrito del Vaticano, que se hace remontar hasta el siglo IX. Tambien está representada en una vidriera de la Santa-Capilla de París, y aunque faltan en el día algunos trozos, se le veía entera en otro tiempo. Tambien es conocida una pintura sobre madera, del siglo XV, que presenta á Judith saliendo de la tienda de Holofernes y llevando consigo la cabeza del general asirio; y esta misma trágica escena es la escogida con preferencia por los grandes artistas. Miguel Angel, con toda la facundia y fuerza de su fantasía, tomó el momento en que la heroína, habiendo puesto sobre un plato la cabeza de Holofernes cubierta con un lienzo, la entrega á su criana, y figurándose despues que el enemigo respira aún, arroja con espanto la última mirada sobre el cadáver para asegurarse que ya no vive. En Rafael, Judith pertenece al carácter sublime: mantiénese en pié, apoyada sobre su espada, y hollando la cabeza de Holofernes. En el Dominiquino ostenta la cabeza que acaba de tronchar. En el Guido levanta la mirada

hácia el cielo con un admirable sentimiento: en Cárlos Marate, tiene en sus manos la cabeza cortada y mira gotear la sangre: su figura es soberbia en movimiento y en expresion. Rubens ha reproducido dos veces este asunto en composiciones llenas de energía y magníficas de colorido. Por fin, en nuestros días, Horacio Vernet, cuyo talento es tan conocido, ha pintado á Judith en un cuadro notable, y en una actitud tan nueva como interesante. Judith mira á su víctima con un valor mezclado de espanto, y se prepara á levantar el sable que ha de cortar la cabeza de Holofernes. Esta bella página del arte contemporáneo adorna al presente el museo de Luxemburgo, y de ella son tomadas seguramente la mayor parte de las láminas de Judith que decoran nuestros libros bíblicos.

Entre las varias composiciones poéticas que la historia de la célebre heroína de Betulia ha inspirado á nuestros ingenios, citaremos únicamente el siguiente soneto de Lópe de Vega, que uno de nuestros mas distinguidos literatos cita como modelo en el género *descriptivo*, añadiendo en su elogio que un pintor no pudiera hacer mas.

Por nuestra parte no creemos que no adolezca de algun defecto, y sobre todo la reminiscencia de Baco, atendida la majestad del cuadro, nó nos parece la mas digna ni oportuna.

### Judith.

Cuelga sangriento de la cama al suelo  
El hombro diestro del feroz tirano,  
Que opuesto al muro de Betulia en vano  
Despidió contra sí rayos al cielo.  
Revuelto con el áncia el rojo velo  
Del pabellon á la siniestra mano,  
Descubre el espectáculo inhumano  
Del tronco horrible convertido en hielo.  
Vertido Baco el fuerte arnés afea,  
Los vasos y la mesa derribada,  
Duermen las guardas que tan mal emplea:  
Y sobre la muralla coronada  
Del pueblo de Israel, la casta hebrea  
Con la cabeza resplandece armada.